

Carlos Préndez Saldías

## Primer capítulo

(De un libro inédito)

Veinticuatro alumnos en la clase de primeras letras, de siete a nueve años todos. Muchachitas rubias en su mayoría, gordas y traviesas, y chiquillos flacuchentos y morenos. Uno había coloradote y bullicioso.

No puedo precisar, desvanecida la memoria con el tabaco de los años, qué número hacíamos los varones del curso. Creo que llegábamos a siete; pero sólo recuerdo a Enrique Bertrix y a Jorge Larrazábal. A Bertrix, porque se alejaba de todos los grupos, y le veía en los recreos haciendo correr el agua de la única llave del patio, a gotas lentas, acaso para no ser reprendido por Mlle. Justine, vigilante severa en las distracciones de los chicos. Y miraba y miraba las gotitas de agua con entusiasmo que nunca pude comprender.

Jorge Larrazábal, coloradote y bullicioso, está en mis recuerdos—[sin venganza todavía!—porque más de una vez me hizo sentir el dolor de sus puños. Mis llanteríos inconsolables y lastimeros obtuvieron siempre el

francés de Mlle. Justine: ¡Oh! le petit Charles. Il faut punir ce vilain Georges.

De los varones de entonces, el pintor Bertrix cayó en las trincheras francesas, defendiendo la patria de su padre; y Larrázabal se me perdió en la vida, no sé en qué encrucijada ni en qué momento. Acaso esté bajo la hierba, hechas ceniza las manos que me golpearan, hoy que le evoca sin dolor y sin afecto mi espíritu rencoroso.

En la Avenida Portales, esquina con la calle Herrera, estaba el Colegio Francés, dirigido por Mlles. Marie y Justine Obrecht. Edificio de dos pisos, existe todavía, sin gracia y sin pretensiones. Sólo recuerdo el patio mío, estrecho para tanto gandul, y la sala de mis clases, a la derecha de la entrada, con dos ventanas a la calle Herrera.

De mi llegada al colegio tengo una visión incompleta, pero imborrable. Con dos de mis hermanas, alumnas de los cursos superiores, esperábamos que alguna de las señoritas Obrecht me fijase sitio en la sala de clases. Mlle. Justine fué la primera en aparecer. Algo habló en francés con mis hermanas, y una de ellas me tradujo:—Te van a sentar al lado de Rosita Renard, una alumna muy seria. Tienes que portarte muy bien. No olvides que se paga por ti la mitad de lo que les cobran a los demás niños.

Y me dejaron solo, en mi calidad de alumno barato.

A los diez minutos la campana anunció la entrada a clase, y Mlle. Justine me señaló mi asiento en la sala.

Veinticuatro alumnos, y en el mismo banco con Rosita Renard.

La maestra pasó lista, y llamó a un chiquillo de cara redonda y ojos saltarines, que en mis conocimientos se llamaría después Jorge Larrazábal, y empezó a mostrarle una serie de objetos, que el niño debería denominar en francés. A las voces de «la porte», «le pupitre», que me parecieron tontas y sin razón, miré de reojo a mi compañera de banco. Gordita, coloradita, pecosa, tenía colocadas sobre el escritorio las manitas sin huesos, con un oyito apenas insinuado en el sitio de cada coyuntura. Falda azul y blusa blanca, y un corbatín marinerito. No fueron más allá mis observaciones de estudiante primerizo,

Volví los ojos a la maestra y a Larrazábal, y les vi afanados todavía en mostrar objetos y en nombrarlos. ¡Que innecesario me pareció eso, cuando yo sabía en español el nombre de todo!

Bertrix fué llamado en seguida, y Mlle. Justine nos advirtió al empezar la lección: Fíjense cómo pronuncia Henry, para que lo imiten. Aunque es hijo de francés, ustedes pueden llegar a lo mismo. Y el chiquillo desmirriado, de pelo tieso y ojos hundidos, comenzó a hablar por la nariz cosas que yo no entendía. Describió el cuadro de la primavera, puntero en mano, en una jerigonza de todos los diablos. Volví a mirar de soslayo a Rosita, y esta vez me pareció más gordita, con más pecas y el pelo casi colorín.

El primer recreo de mi vida estudiantil había llega-

do, y estaba solo, con timidez y con envidia, mirando la charla y los juegos de los demás. No me atrevía a fijar la vista en ningún grupo; pero sabía en cuál estaba mi compañera de banco, con sus pecas y su corbatín marinero.

Dos campanadas, y a formarse, y a clase de nuevo. Esta vez se trataba de aritmética, y se movían las bolitas azules, rojas y verdes de tres alambres, mientras Mlle. Justine corregía la pronunciación de los que sumaban.

—Il ne faut pas dire «catre», c'est «quatre». Y solté mi primera risa de colegial, tal vez un poco temerosa, a coro con todo el curso.

A los pocos días ya era amigo íntimo de los muchachos, especialmente de Jorge Larrazábal, que todavía no ensayaba sus aires de precocidad matonil. Y todos me pedían el cortaplumas—[de hueso blanco y con tirabuzón!—para sacar punta a lápices que no utilizaban, pues sólo hacíamos palotes y las primeras letras en pizarra, con un lápiz rasmillador que destemplaba mis dientes de analfabeto.

No sabría precisar si fué en la primera clase, la de lección de cosas, o en la segunda, la de bolitas rojas, azules y verdes. No recuerdo tampoco quién estaba ante el pizarrón, ni qué enseñaba Mlle. Justine en ese momento. Sólo sé que ese minuto de mi vida está quemante en mi corazón de poeta que evoca lo perdido.

Sentí junto a mi mano la mano de Rosita, acaso porque ambos hicimos un mismo movimiento, y hubo

algo desconocido en mi cuerpo y en mi alma. Desde entonces—los ocho años de mi vida—no he logrado paz en el corazón.

Enrojecí hasta las uñas, pegué los codos, y miré disimuladamente a mi compañera. Era una grana, ahora sin pecas, en actitud de mirar a la maestra.

En el recreo que siguió a esa clase comenzaron las desazones de mi vida, y Larrazábal oyó de mí la primera y única confidencia. Sin gran interés y sin sorpresa escuchó mi confesión amorosa. Tenía un año más que yo; era físicamente mucho más fuerte. Pero en sus venas no cantaba todavía lo avispa de la inquietud. Se alejó de mi lado, y le vi jugar con otros compañeros.

Ya eramos dos los solitarios del Colegio Mixto. Enrique Bertrix, cerca de la llave, mirando caer las gotitas luminosas, y yo, afirmado en un pilar, con los ojos fijos en el corrillo bullicioso de Rosita.

Mi vida de alumno duraba un mes y, al decir de Mlle. Justine, mis progresos de pronunciación eran sorprendentes. Guardo, en la revolución de mis papeles, el primer boletín de notas. En él se hizo una llave que abarca todas las materias, y se escribió esta palabra magnífica: Bien. Pero al pie de la hoja, en el sitio destinado a las observaciones, esta frase desoladora, que ha podido aplicarse a toda mi vida: «Un peu distrait en classe».

Cuando Mlle. Marie me entregó la papeleta, que debía de traer firmada por mi padre, me dijo en francés algo que parecía una reprimenda. Pero como viese

que no le entendía, me tradujo severamente: Hay que mirar siempre a la profesora, Charles. Durante la clase, no hay que pensar en los juegos del recreo.

Esa tarde salí del colegio junto con mis hermanas Graciela y Lelia, y me pidieron la papeleta, anunciándome el disgusto que recibiría mi padre por mi falta de atención. Las oí sin replicar, y me quedé pensando, pensando cómo podían saber ellas las ideas de mi padre. No me atormentó el anuncio desagradable porque me pareció infundado, fuera de toda lógica. ¿Quién podría anunciar con certeza lo que él diría después de leer mi papeleta? Ellas hablaban así para dárselas de grandes.

Al anochecer llegó mi padre a casa, y se impuso de mis primeras notas de estudiante. —Está bien, joven. —Y no oí la reprimenda anunciada.

Mi precocidad creyó ver en esa actitud de mi padre una aprobación comprensiva a mis primeras ilusiones amorosas. Y desde ese momento pensé que podía mirar a Rosita sin temor a nadie, y hasta decirle que era mi novia, y todas las palabras que ensayaba mentalmente y que nunca le dije.

No hice más confidencias a Larrazábal, a quien empecé a mirar con mi primer desprecio de hombre, y quise tener la amistad de Bertrix; sin conseguirla. Seguía enamorado de la llave del agua, y dos o tres veces que le hablé me contestó con monosílabos y de mala gana.

Yo era el único alumno con novia en el Colegio.

Mixto de las señoritas Obrecht, y esto, a mis ojos, me revestía de cierta superioridad que yo apreciaba como un escudo.

Una sola vez me habló Rosita en dos meses de colegio, para pedirme el cortaplumas, antes de entrar a la clase de aritmética. Lo busqué nerviosamente en mis bolsillos, entre las migas y las bolitas de cristal, y no lo tenía. Fué mi primera rabieta silenciosa.

Al día siguiente, mientras Mlle. Justine anotaba la asistencia, se lo pasé, lleno de satisfacción, y ya no lo necesitaba. Oí un «gracias» desabrido.

Esa fué, acaso, la amargura grande de mi niñez. Pensé con insistencia, durante muchos días, que ella había querido comenzar así nuestra amistad, que mi tontería de olvidar el cortaplumas lo había echado a perder todo, y que seguramente no volvería a hablarme. ¡Maldito cortaplumas de hueso con tirabuzón!

¿Cuántos meses han pasado desde que conocí a Rosita? Creo que cinco. Cinco meses de noviazgo silencioso, desconocido para todo el mundo, y en que mi lealtad no tuvo una sola caída.

Afán de todas mis horas, era menos jugueteón que antes de conocerla. Los niños de la Avenida Portales hicieron muchas veces sin mí sus picardías de gorriones, y recuerdo que una tarde en que ella faltó al colegio no quise ser juez de llegada en una carrera de trascendencia. La imaginaba enferma, con fiebre y tomando remedios horribles, y no tuve corazón para nada. Aprendiendo francés y enamorado de Rosita vi llegar

el mes de diciembre, y con él la amenaza de los exámenes.

Mlle. Marie, Mlle. Justine y Víctor Celis Maturana, profesor en los cursos superiores, formaban la comisión examinadora. La nota más alta la obtuvo Rosita; la segunda, Enrique Bertrix, el perturbado por las gotitas de agua, y el tercer lugar lo conseguí yo, sin saber cómo.

Al día siguiente se repartirían los premios. Mi traje dominguero—de color gris para la tierra, decían en mi casa—y botines de charol. Acompañado de mis hermanas, fui el primero de los penecas que llegó al colegio. En la sala de la Dirección había un celemin de juguetes sobre la mesa y un papelito en cada uno. Yo pensé que se rifarían, pero no fué así. Tenían nombres en vez de números. Me tocó una locomotora sin cuerda y a Rosita una muñeca morena, vestida de manola. Le dije que su premio era lindo, y sonrió con alegría. Eran mis primeras palabras de novio efectivo y fué ésa su única sonrisa.

A la hora de la comida, se habló en casa de mi triunfo y de que el próximo año volvería al mismo colegio. Una de mis hermanas dijo en tono burlón: —Mlle. Justine dice que a Carlos le gusta la Rosita Renard, una alumna que obtuvo el primer lugar del curso y que toca el piano prodigiosamente.

Enrojecí y casi lloré de rabia. ¿Cómo pudo la maestra conocer mis sentimientos y cómo no supe antes que Rosita tocaba el piano tan bien?

• • •

Recuerdo mejor mi segundo año de colegial.

Mi novia volvió también al colegio, pero ya no me dieron su mismo banco. Mlle. Justine fué desde entonces mi enemiga para siempre, y cada vez que hemos tropezado en la vida le he hablado en español, como venganza a su maldad que no olvido.

En la última fila, a la derecha de la sala, estaba mi sitio, junto a un chiquillo de apellido francés; en la primera fila de la izquierda y en el primer banco, Rosita con otra alumna. Pero la trayectoria desde mi sitio al pizarrón daba justo en la cabecita con crespos que me interesaba, y mi desquite por la separación era ése: mis miradas no llegaron nunca hasta el pizarrón, que se quedaban a medio camino.

Tortura horrorosa para mi corazón de niño fué ese segundo año de estudiante. Las venas más despiertas, y agudizándose cada día la imaginación perezosa con mis intuiciones y lo que escuchaba a niños de más edad, viví como un sonámbulo y empezaron a traslucirse mis huesos bajo la piel.

Debo de haber enflaquecido mucho, pues en esa época me hicieron tomar bacalao negro, que vendían en unas botellas descomunales y con etiqueta verde, acaso para disimular la negrura repugnante del contenido.

Mientras escribo—pleno otoño sin reposo—estos

recuerdos de infancia, pienso que Rosita Renard no dejó huella en mis sentimientos de hombre, y en cambio el bacalao negro amargó mi paladar hasta la muerte.

Tengo la certidumbre de que mi precocidad amorosa hizo mi espíritu triste. No en vano quise a Rosita con amor desesperado, sin hablarla jamás y sin haber obtenido de ella ni la sombra de una esperanza aliviadora. Era un amor de todos los instantes, un delirio enfermizo, un romanticismo, tal vez hereditario, que asomó en haz de llamaradas a mis ojos inocentes.

Y así pasaron los meses, desde un marzo otoñal y friolento hasta a mediados de un noviembre, aprendiendo un idioma que no me interesaba, mientras ardía y ardía en mis ilusiones la quemadura de su cabecita colorina.

Un sábado, de sobremesa, mi hermana Graciela anunció que esa tarde vendría a casa Rosita; que había costado mucho convencerla y que hasta Mlle. Justine hubo de intervenir.

Las miradas de todos se clavaron en mí, y sonrisas perversas resbalaron por mi cara enrojecida. Salí llorando del comedor y de la casa, y me fui por la Avenida Portales, sin saber hacia dónde, huyendo de los que conocían mi secreto y me dañaban con sus burlas.

No sé cuánto anduve, ni cuánto pensé en mi dolor. Proyectos de fuga, resolución de no ir más al colegio, palabras que diría a mi padre, solicitando su ayuda para defender mis sentimientos de hombre. Sí; él me comprendería.

Eran más de las cinco de la tarde, porque ya el sol no daba en el quiosco de la música. Tenía hecha esa observación desde hacía tiempo, y regresé a casa, sin lágrimas y con el propósito enérgico de no volver a sonrojarme por nada del mundo.

Las notas del piano sonaban alegres y dispersas y tuve la sensación de alas en vuelo rozando mi corazón angustiado. Ella estaba en el salón y todos los míos la escuchaban. Encerrado en mi cuarto llegaba hasta mí, temblorosa y apagada, la música lejana, como si viniese su voz hasta mi silencio sufriente.

Mi hermana Lelia abrió la puerta.

—No seas tonto, ven a oír lo bien que toca Rosita.

Entré al salón cuando ella se sentaba junto a su madre, y los aplausos de los míos aleteaban en la pieza.

Por la primera vez estreché en mi mano la tibieza de la suya, y fui más cobarde que nunca. No me atreví a mirarla a los ojos, y sólo veía su traje blanco con alamares azulinos.

Tocó dos piezas más, bulliciosas y ligeras, y se despidieron. Su madre quedó de traerla alguna vez, «cuando tocase mejor».

Volví a mi cuarto. La música no me interesaba. La había escuchado sin emoción y sin alegría, como al organillero que todas las tardes, con sus notas puntiguadas, asustaba a los pájaros de la avenida. Me interesaba ella, y su música me pareció inútil y sin gracia.

Una semana después de su primera visita a mi casa, dejó de asistir al colegio. Mlle. Justine anunció en

clase que el Gobierno le había concedido una beca para que siguiese sus estudios musicales en Alemania, y que partiría con su madre en algunos días más.

Paralización de mis venas y retorcimiento angustioso de mis nervios. Sobre mis ilusiones de enamorado precoz caían sin misericordia la desesperanza y la lejanía.

Nunca más su cabecita colorina sería mi horizonte en las horas de clases, y ya tendría que jugar en los recreos con los chiquillos que no han despertado a la vida y que nunca tuvieron novia. ¡Para siempre la soledad y la distancia!

Ahora, en hondo torbellino otoñal, siento que la evocación de mi primer amor no me regocija ni me apena. Tal un cuento leído en la niñez y que en el correr de los años repetimos a nuestros hijos asombrados, aquí lo dejo, mariposa de luz entre mis rosas amarillentas.